

## EVOCACIÓN DE LAS PRIMERAS CARMELITAS TERESAS DE SAN JOSÉ EN VIDA DE TERESA GUASCH

La Casa Madre de las Carmelitas Teresas es un gran edificio, que alberga una vida callada e intensa en su interior. Como todo colegio tiene su patio, que en este caso era, primitivamente, un huerto y a la vez jardín, como zona de recreo. De modo que, junto a la capilla y las aulas, este era el tercer pulmón que recreaba la vida de nuestras hermanas y único espacio abierto al cielo.

Al ver un Jardín tenemos la sensación de que vivimos en un lugar grato, menos triste y sofocante. Es más, rodeados de flores, que continuamente cambian, según la estación del año o su propia floración, nos sentimos parte de la creación. Aunque parece que viven sin enterarse de lo que ocurre a su alrededor, las violetas -llenas de candidez y de colorido- ofrecen su misterioso color ante los misterios de la vida. Si el verde es vida, el violeta es el color litúrgico de la pasión, de la disciplina y de la austeridad, de los tiempos recios y de las horas amargas, del amor y de la hora... postrera.

¿Qué relación guarda el nombre de las flores: violeta, rosa, margarita... con los de algunas religiosas de vida consagrada? ¿Qué planta o flor con un cromatismo peculiar: amarillo dorado (margaritas), rojo oscuro (clavel y geranios), lila (lavanda y violetas) seducía a cada una de las hermanas? En el patio interior de la Casa Madre de Barcelona, protegida del exterior, igual que un castillo con muchas moradas, sin verse, se encuentra el jardín, que primero fue huerto que sustentó a las primeras hermanas de la Congregación, ofreciendo alimento material y espiritual; flores blancas, rosadas y moradas, junto a tubérculos y productos de huerta; paz y hermosura; recogimiento y belleza sin límites.



### **Teresa Guasch, hortelana y florista**

Sabemos que la M. Teresa Guasch siempre gozó, como pequeña hortelana y florista, en el jardín de la Casa-Madre en Barcelona. Con frecuencia se le veía con un gran delantal. Cuidaba amorosamente no sólo variedad de flores, sino plantas medicinales de las que llegó a ser gran entendida, y que utilizaba con fines curativos para las colegialas y hermanas de la Casa-Asilo. “Llegó a tener una herboristería muy bien ordenada que prestaba gran servicio al colegio y Comunidad”.<sup>1</sup>

El jardín le unía a la naturaleza, pero también al Creador. Aquella huerta-jardín servía, además, a un noble afán de engalanar la capilla, llevar flores todo el año a María y coadyuvar al culto litúrgico y a la preparación del altar para la celebración de la misa. Como confesaba una alumna: “Era muy amante de las flores y bajaba al jardín cuidando

<sup>1</sup> A. Barrios Moneo. *A mercede de Cristo*, p. 399

las plantas y se esmeraba en recoger flores para honrar a la Virgen y el sagrario”.<sup>2</sup>

Ligada a su faceta jardinera, estaba la de herborista. Sabemos -por el testimonio de quienes llegaron a conocerla- que flores y hierbas, incluido un licor de propiedades medicinales, regalaba la M. Teresa Guasch a los benefactores del Instituto. “Era muy agradecida a los que, de un modo o de otro, favorecían su Obra y lo manifestaba con sencillos pero significativos obsequios, por ejemplo, con un cestito de flores que ella misma cultivaba en sus ratos de solaz, con licor medicinal que en la misma casa elaboraba con hierbas, también cuidadosamente cultivadas, procurando adaptarse a los gustos de cada uno, los que tenía cuidadosamente apuntados”.<sup>3</sup>

La Hna. Teresa Quintillá la recuerda en el jardín “con delantal y los manguitos”, y nos habla del licor, que en realidad tenía sabor de jarabe, bautizado con el nombre “jarabe de Santa Teresa”, en cuya elaboración le ayudaban las novicias.

Las novicias le ayudábamos a fabricar el licor. Nos daba los membrillos, los rallábamos y ella confeccionaba lo demás. Se nos ponían las manos muy negras, nos costaba mucho limpiarlas. Cuando lo tenía hecho nos lo dejaba probar y era muy rico. Con él obsequiaba a los bienhechores -porque era muy agradecida- y a los sacerdotes.<sup>4</sup>

En este viaje al pasado sería una delicia poder mirar, por un pequeño hueco del muro, aquel jardín escondido, en el que las novicias ayudaban a su querida Madre Maestra de novicias luego Madre General, regar el huerto y el jardín. Sin desperdiciar el agua, llevaban las jóvenes el agua de aclarar la ropa y ella regaba y las instruía.

Las flores hacen que no caigamos en el error de pensar en la inutilidad de las cosas. Flores en el altar, que acompañarán la misa y la liturgia de las horas, produciendo la grata sensación de alegría y confianza. Las flores, solitarias o en grupos, existen para maravillar. No solo transmiten olor y otras sensaciones, sino que nos emocionan y parecen dispuestas a dar y ofrecer más de un sentido a la vida. Fuertes, cuando su tallo arraiga en la tierra; delicadas, cuando son cortadas y pasan a estar en un recipiente; su presencia nos acompaña y hace que la vida, como la alegría y la ternura que nos infunden, valga más. Alguna, incluso, puede ser instrumento de curación y de salvación, como el áloe.

Las infusiones de melisa, espino blanco y tila mejoran nuestro estado de ánimo, tristeza y cansancio; pero son numerosas las plantas que tienen determinadas propiedades terapéuticas contra cefaleas, problemas digestivos, trastornos del estómago, respiratorios, palpitaciones y nervios; remedios ancestrales, que conocía y, al parecer, era experta la M. Teresa Guasch.<sup>5</sup>

La Madre Teresa Guasch, fundadora y jardinera, fue también, como Santa Teresa, *amiga de los huertos*. “Me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto”,

---

<sup>2</sup> Concepción Riu, CTSJ, P 118. Cfr. A. Barrios Moneo. *Ob. Cit.* p. 399

<sup>3</sup> Violeta Escondida, n. 24. A. Barrios Moneo. *Ob. Cit.* p. 385.

<sup>4</sup>A. Barrios Moneo. *Ob. Cit.* p. 399

<sup>5</sup> Los esfuerzos que ponemos en tantas cosas y las plantas, que nos curan como mano milagrosa. Un escritor hispanoamericano dijo que los que no creen en santos no pueden curarse con milagros (Carpentier); pero así es la magia de las flores y de las plantas, la savia que purifica el aire, la actividad de un mundo que no se ve.

cuenta la santa de Ávila en su autobiografía. Lo que explica en *El libro de la Vida*, sobre la oración, se puede trasplantar también a un jardín. No en vano el huerto viene a ser el alma humana, sometido a fragilidades, sombras oscuras, luz y viento. En su *Vida*, Teresa de Jesús recoge este símbolo: el huerto o el alma de cada uno, y explica cómo regarlo a través de la oración.

El huerto dedicado al cultivo, como el jardín destinado a las flores, proporcionaba, junto a las horas del recreo, una gran felicidad a la M. Teresa Guasch, amiga y ávida lectora de Santa Teresa que en alusión a sus monjas y novicias dirá: “Soy amiga de apretar en las virtudes, más no en el rigor”.

### **Violetas escondidas, vidas entregadas**

Decía la M. Teresa Guasch a sus hijas que “debían mostrarse como violetas, pues hemos de permanecer ocultas al mundo, como estas flores, sin ser vistas”. Y, ya como Madre General, era habitual oír el consejo evangélico: “Hermanas, haced el bien sin ostentación”.<sup>6</sup>

El germen de jóvenes Hermanas surgidas de aquel jardín y de la fecunda vida de las Madres Fundadoras dio sus flores y sus frutos: un ramillete de vidas entregadas, que fue extendiéndose y trasladándose de un lugar a otro. En un texto de breves biografías escrito por la M. M<sup>a</sup> de la Paz Bonet, podemos ver reflejada la existencia vital, humana y espiritual a la vez de una serie de Hermanas antiguas, que como los árboles, asentaron con sus fuertes raíces el Instituto; mientras que otras jóvenes religiosas, maestras y bien preparadas, como florecillas, vieron su vida truncada.

Así permanece el recuerdo de la Hna. *Madrona Malla de Sta. Lucia* (+1906), consu amor a las más pequeñas observancias, su fidelidad a las mismas y sobre todo un profundo espíritu de piedad que le hacía encontrar todas sus delicias en la oración y en todas las devociones y ejercicios piadosos. Alma sencilla y recta se atraía el afecto de sus Superiores, de sus Hermanas y de las educandas, que buscaban afanosamente su trato angelical, y ella se servía únicamente de tal atracción para llevar a Dios aquellos tiernos corazones, por medio de la oración, que era, por decirlo así, su pasión favorita, pues les enseñaba a rezar, les hacía cantar piadosos y devotos cantares y les hacía oportunas reflexiones. Su muerte, ocurrida seguramente allá por el año 1906, fue eco fiel de su vida.

La Hna. *Elisa (Rosa Carrera Bonet)* (+ 1909), que traída al Instituto por sus piadosos padres en su tierna infancia, después de haber sido una colegiala buena y aprovechada y de cursar la carrera de Magisterio en la Escuela Normal de Barcelona, ingresó en el Noviciado en noviembre de 1906. Dulce, amable y dotada de talento, acompañado de encantadora sencillez, era una esperanza para el Instituto, cuya vida se vio truncada, “pues el Señor tuvo a bien trasplantar tan bella flor al vergel celestial, apenas hubo profesado”. Murió en Sabadell en 1908 o en 1909.<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> Violeta Escondida, n. 14. Biografía, 40-41. A. Barrios Moneo. *Ob. Cit.* p. 400.

<sup>7</sup>La tuberculosis se había cebado en su cuerpo y cuando ella se dio cuenta de que Dios la quería ya para sí, sacándola tan pronto del destierro, con su sencillez característica manifestó algún sentimiento de no poder utilizar, en favor del Instituto que con tanto esmero la había formado, su actividad y talento; pero insinuándole que más podía hacer desde el cielo, se resignó amorosamente a la Divina Voluntad.

La Hna. **M<sup>a</sup> Esperanza** (+ 1909), conocida entre las antiguas por el nombre de “la Hermanita” porque antes de entrar en el Noviciado estuvo algún tiempo a prueba en Sabadell y la llamaban así. Dejó después de su corta existencia fragante aroma de sus virtudes religiosas, como otras que a continuación citaremos. Siendo postulante y dudando de si sería admitida a la Vestición del santo Hábito por su poca salud, tuvo, según se dice, una visión en la que se le apareció la antes citada Hna. Elisa, fallecida hacía poco, y la consoló diciéndole que se pondría buena y vestiría el santo Hábito que tanto deseaba, después de lo cual, el Señor la sacaría ya del destierro para llevarla a su gloria. Aunque no se dio mucho crédito a su visión, se realizó lo que en ella se le predijo. Murió el 22 de julio de 1909.

La Hna. **Josefa del Niño Jesús** (+ 1910), que dejó este destierro el día de los Santos Inocentes, tras corta enfermedad y con una muerte apacible. Pocos momentos antes de su muerte, después de haber estado algún rato como enajenada, volviendo en sí exclamó: “¡Qué tinieblas tan oscuras hay aquí y que luz tan esplendorosa brilla allá!”

La Hna. **Vicenta Bonet** (+ 1912), fue la personificación acabada de la descripción de nuestras Hermanas antiguas, según las descripciones precedentes, y cuya muerte que debió acaecer en junio de 1912 tras larga y penosa agonía, fue tan ejemplar como su vida. Fue una de las Religiosas más antiguas de la Congregación.

La Hna. Consuelo Bonet o **María de Ntra. Sra. de la Consolación** (+ 1913), en el siglo María Bonet Salazar, hermana mayor de la M. M<sup>a</sup> de la Paz Bonet, y sobrina a su vez de las Hnas. Josefa Vicenta Bonet (+ 1912) y Ventura Bonet (+1914). Fue traída al colegio-asilo por su virtuoso padre y abuelo, siendo aún muy jovencita (tendría apenas diez años), con el fin de que fuese educada y llegada a la edad competente, en su caso, pudiese consagrarse a Dios en la vida religiosa, a la que se sintió inclinada desde niña. Modelo de colegialas, como lo fue más tarde de religiosas, se ganó el afecto de todas y sobre todo de Superioras, particularmente de la M. Teresa Guasch, que cifró en su virtud y talento, grandes esperanzas para el Instituto. Dios, sin embargo, en sus inescrutables designios, no dejó mucho tiempo sobre la tierra “aquella hermosa flor, trasplantándola a la Gloria, cuando apenas había desplegado su corola, reservándose para sí, su perfume y belleza”.

Tanto las que fueron compañeras de colegio de Barcelona, como las religiosas, que en su compañía cursaron la carrera del Magisterio, no se cansaban de ponderar su modestia, sencillez, abnegación, ausencia de cualquier manifestación de vanidad, su docilidad, dulzura de carácter, condescendencia delicada, entrega de sí para ayudar a las demás, en una palabra, tal conjunto de virtudes, que resumían en esta expresión: “era un ángel”.

La Hna. **Misericordia (Antonia Carey Grases** +1914), ingresó en el Instituto por el año 1906 ya entrada en años y perteneciente a familia rica y distinguida de Reus. Ni uno ni otro motivo fueron causa de que intentase eximirse del rigor de la observancia que estaba en todo su auge, ni de las privaciones a que se veían sometidas las Religiosas por la pobreza del Instituto. Encargada del ropero del Colegio–Asilo de Barcelona, trabajaba con notable agilidad la aguja y, ni aun estando encargada de vigilar el recreo de las colegialas, dejaba ésta. Por ser muy fervorosa, no olvidaba empero el deber primordial de la educación, y se valía de aquel cargo de ángel del recreo de las niñas,

para fomentar su piedad. Tenía poca salud, y murió pronto el 4 de diciembre de 1914.

La Hna. **Ventura Bonet** (+ Roda de Bará, 1916), “Hna. Ventureta”, como la llamaban, y hermana de la Hna. Vicenta Bonet. De porte grave, serio y recatado, vivió en la casa madre de Barcelona y fue una de las hermanas que mejor asimilaron al espíritu del Instituto. Desempeñó el cargo de enfermera mucho tiempo. Ya bastante quebrantada su salud, fue enviada como Superiora a Roda de Bará, donde había dos religiosas enfermas tuberculosas. A pesar de estar ella muy delicada no fue óbice para que se entregase del todo al alivio de sus Hermanas. El Párroco de este pueblo que pudo admirar su total entrega a favor de sus Hermanas decía de ella que era “una mártir de la caridad”. Murió en Roda el 16 de enero de 1916, poco después de una de las hermanas a las que atendía, y después de haber entregado todas sus fuerzas a su restablecimiento, sin parar en su trabajo a pesar del estrago que en su cuerpo estaba haciendo la enfermedad.

La Hna. **Juliana (Carmen Casals)** (+ 1917), que ingresó en el Instituto en 1908 y murió joven, prematuramente, debiendo dejar desconsolada a la M. Guasch, que veía reproducirse y truncarse en ella y otros juncos el espíritu teresiano que, junto con su venerada Madre, habían procurado inculcar al Instituto. Dejó tras sí la Hna. Juliana el dulce aroma de las virtudes religiosas. Su porte, su semblante risueño y recogido embelesaban, conquistando a las colegialas y al capellán, que tuvo ocasión de admirar su virtud, pues desempeñaba el oficio de ayudar a misa, como sacristana, oficio que desempeñaba de acuerdo con las santas Constituciones, y con inmensa alegría, poniendo en jarros las flores que cortaba la Superiora, M. Teresa Guasch, muy aficionada a la jardinería.

Tras penosa enfermedad de hidropesía, la Hna. Juliana abandonó el destierro el día 3 de marzo de 1917 con una muerte silenciosa, que fue fiel eco de su vida.

### **Los caminos de Dios no son nuestros caminos**

Así fue como los designios de Dios, inexplicablemente, iban frustrando las mejores esperanzas del Instituto, antes del fallecimiento de la Madre Teresa Guasch. Hermanas de humildad y sencillez que trabajaban mucho por el bien de las almas y la educación de las niñas, pero sin ostentación, viviendo desconocidas.

¡Cuán heroica fue la resignación de la Madre Guasch, hija de su viva fe, de su esperanza firme, de su caridad ardiente! ¡Qué fortaleza tan magnífica demostró, pues no se abatía ante tales contratiempos! En el mismo año de su muerte, 1917, hacía empezar sus estudios, antes de admitirlas al Noviciado, a otras dos, haciéndolas asistir a las clases oficiales. Además, no perdonaba gastos y sacrificios para instruir a las Hermanas en diversas materias.

Otras maestras, perdió también el Instituto en temprana edad tales como: la Hna. Ángela de Ntra. Sra. del Milagro (Capdevila Solana); María Bultó de Sta. Brígida; Hna. Santiago (Carmen Torrents Bonet) en 1911; las ya referidas Hna. Trinidad Vives en 1910 y la Hna. Consuelo Bonet en 1911; y más adelante la Hna. Julia de San Daniel (Blay Grabulosa) en 1917, la Hna. Trinidad (Fortuny Clavé) en 1921...

Otras muchas Hermanas antiguas de nuestro Instituto que no podemos precisar y cuyos nombres y virtudes están bien grabados en el Libro de la Vida constituyen el verdadero tipo de Carmelitas Teresas de San José tal como las quisieron nuestras Madres Fundadoras.